
Livia Sedeño

TEXTOS

EL CORONEL SE VA DE VIAJE

Conocí a Maruca en la glorieta, una tarde a las siete treinta. Recuerdo la hora porque salí a la calle empujado por una súbita y violenta angustia crepuscular. No hay nada más impreciso y terrible que el crepúsculo. Es como buscar la luz en la semioscuridad temiendo una caída ciega. Ya instalada la noche se comprueba su relativa bondad.

Antes, buscaba a mamá en su habitación y hablaba con ella, de mil cosas, pero desde que se fue de paseo con el Coronel para no regresar, siempre, a esa hora, me veía obligado a buscar refugio en la glorieta.

Maruca caminaba del brazo de su amigo Silvio. No imaginé que en poco tiempo ella ocuparía la habitación vacía y la tarde. La casa, con ellos dos adentro, se convirtió en lo que antes era. Digo con ellos dos adentro porque aunque Silvio sólo iba de visita lo considerábamos parte de la familia.

Maruca sentía una especial predilección por la foto de mi madre con el Coronel.

La colocó en la sala y le ponía flores. Hay que venerarlos, decía.

Me asusté un poco cuando Silvio comenzó a dejarse crecer el bigote, pero con los días me pareció natural. Frente al retrato del Coronel yo mismo lo ayudaba a doblarse las puntas. Le quedaba bien, tan bien como al coronel, y fijándome con detenimiento había otros parecidos. Las cejas, por ejemplo, en forma de acento circunflejo.

Aquel jueves que Maruca leyendo el periódico se levantó de un brinco a llamar a Silvio por teléfono, yo me puse contento. Pensé en Silvio con su uniforme de militar saludando al entrar a la casa, y el corazón se me apretó de gusto en el pecho, como devolviendo el saludo con emoción. Que se presentara a la convocatoria y llenara los papeles. Buen futuro para mi amigo.

Silvio no frustró nuestras esperanzas. A los seis meses ya lo habían ascendido varias veces. Antes de cumplir el año de su vida militar le llegó un telegrama para marcharse a Okinawa con el rango de coronel. Me sentía orgulloso, verdaderamente orgulloso, y ella, Maruca, también.

Yo mismo le pedí a Maruca que lo acompañara al aeropuerto y me quedé en la ventana diciéndoles adiós. Me dolía verlo partir. Por evitarles mi tristeza los dejé ir solos.

Ha transcurrido un año. No sé qué le pasó a Maruca. En el aeropuerto no supieron darme razones. Si se embarcaron juntos o si en realidad no fueron a ninguna parte es un misterio que no he logrado develar. Por lo pronto, esta tarde a las siete y treinta iré nuevamente a la glorieta. Los crepúsculos, en la casa vacía, me provocan una profunda angustia.

INMERSIONES

Es tradición que las suicidas sostengan estrechas relaciones con el mar.

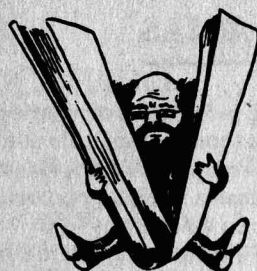
Como antesala se reúnen en sus orillas para tomar un bote salvavidas discutiendo, sin acuerdo posible —ni falta que hace— qué parte del mar corresponde a las tormentas y cuál propiamente a la navegación.

Luego —hace muy poco Virginia Woolf— se lanzan con su atadito de piedras en los bolsillos.

Al cambiar los tiempos las piedras disminuyen y puede que del hundimiento quede afuera la frente solitaria. Sucede igualmente que burbujas, burbujas y nada, que los ojos como extremo de faro dando la vuelta, que la cabeza completa sin lo demás o de picada lo demás menos la cabeza.

Algunas, como solución, entran al mar de costado, preservando un ojo, una mitad de boca, un agujero nasal, media frente o una oreja llena de agua, sorda para escuchar el propio “aux”, mitad de grito.

Los hombres, que aprendieron a caminar encima del mar desde hace más de mil años, dejan ahogarse bajo el agua su sombra y así cometen suicidio sin riesgo de hundimiento; pero también el mar.



ESPEJISMOS

El espejismo se forma en alguna parte de la tierra, no necesariamente en el desierto a pesar de las viejas historias recurrentes.

La aparición de un espejismo va precedida de una gran prisa por llegar a ese lugar que no existe más que en la pupila, de la cual el espejismo es espejo.

Todos los días alguien es presa de uno de estos fenómenos artificiales creados por su propia naturaleza.

Ayer, sin ir más lejos, un hombre fue víctima de uno de ellos. Tratábase de la más cruel de estas falsas visiones, aquella que inventa para nosotros el espejo de nuestro espejismo.

EL PARALELO

Una vez trazado el paralelo el ejército comienza a retroceder.

Cuestión de estrategia.

Inmediatamente que las tropas tienen su objetivo señalado, el paralelo se aleja a mayor velocidad de lo que éstas avanzan.

O bien, la tropa retrocede.

Hay quien sabe que es del todo inútil definir al trazo un paralelo ya que nunca se llega.

Esos, los buenos estrategas, dibujan en el aire una tortuga y echan a andar su cronómetro paso a paso.

Gracias a ellos se han derrumbado imperios un paralelo más allá del esperado.

A LA LUZ DE LA DIALECTICA

Si Jonás persiguió su destino empecinadamente o si el destino lo persiguió a él hasta cumplirse, es decisión que nos obliga a sucumbir en presencia de terribles ambigüedades. Que el profeta supiera de antemano el curso de los acontecimientos y el feroz modo como se lanzó a nadar en las embravecidas aguas del Mediterráneo para alcanzar a la ballena y colocarse exactamente frente a sus fauces, nos lleva a alternar afirmaciones contradictorias.

Lo único definitivo es el curso que tomó en su incesante nadar la ballena para ir a dar precisamente a las playas predestinadas y vomitar a Jonás sobre esa arena, la de Judea. Es indudable que la ballena estaba tocada por la mano de Dios.

Desde entonces, queda demostrado, los designios no respetan, para cumplirse, el rango de las especies en la escala biológica.

ANTROPOFAGIAS

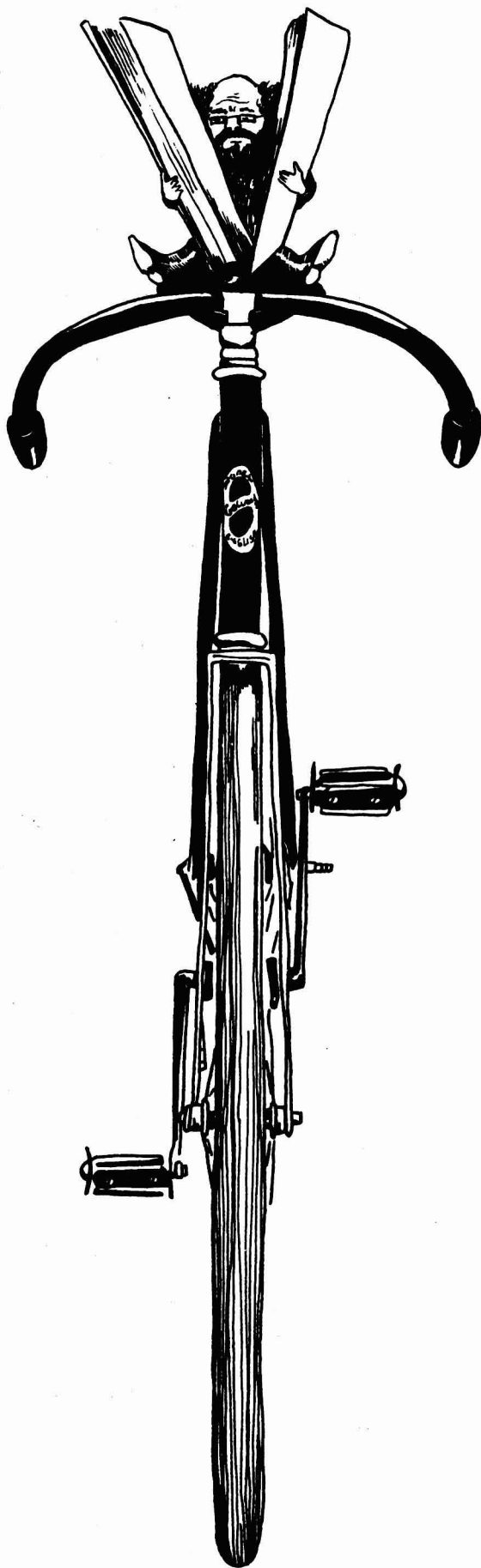
Si un antropófago le pide, por favor, que le permita comer de su pie izquierdo, no tema, compártalo con él, sea generoso.

Las guerras sólo se hacen cuando, sin pedir permiso, soldados enemigos entran a su casa y reclaman para sí el cajón posterior que lleva en su cabeza.

Lo demás es un simple cumplirse de la historia, amigo mío. No oponga resistencia a la humilde solicitud de un antropófago hambriento. Recuerde sus propias hambres, la propia soledad de su estómago.

Y si quiere ser inteligente póngase a tono, aprenda el modo, abandone sus hábitos vegetarianos, y coma usted también del pie izquierdo de los visitantes, su dedo índice, su caballo más largo, el cuarto inferior de su coronilla.

No viva de espaldas a la historia. La especie, si no más sabia, es más adecuada a sí misma que el hombre más sabio.



PIE DEL LABIO AUSENTE

Después de mirar su fotografía varias veces, no encontró explicación satisfactoria al modo de ser de su mitad inferior. Se trataba de un close up tomado en buen estudio. De la mitad para arriba los rasgos se captaban con la nitidez propia de una cámara manejada por mano experta. Pero a partir del final de su nariz y un pedazo de carne acanalada al centro, la fotografía parecía envejecida. Como aquellas fotos de su bisabuela, primicias de un arte ahora tan desarrollado. Pudiera haber sucedido cualquier cosa: polvo en el lente, algún rayón inadvertido en el cristal, o una broma de mal gusto. Decidió, para los días próximos, tomarse otra.

El asunto se le había olvidado, hasta que el espejo, una mañana, le devolvió aquella misma imagen de la foto. Entonces se inquietó, aunque quedaba como explicación un descuido en la limpieza o la descomposición del espejo en este nivel de su rostro.

Quién sabe por qué, quizá para retardar el conocimiento, en lugar de agacharse y probar otros niveles, esperó a hacerse un nuevo juego de fotografías, pidiendo el negativo.

El fotógrafo se disculpó muchísimo. Tampoco comprendía lo sucedido, nunca le había pasado nada igual, aunque era innegable que algo pasaba con la mitad inferior del rostro, específicamente con la boca.

A lo mejor no manejaba bien el maquillaje. De lo contrario debía visitar al médico. Le preguntó si siempre había sido así. Cuando ella le contestó que no, él opinó que podía tratarse de alguna malformación celular. En realidad, lo que él dijo como opinión no importaba, y sí la forma en que la miró, como buscando sus labios sin encontrarlos.

El proceso de desvanecimiento de la boca a partir de haber sido descubierto fue veloz, con lo que se demuestra nuevamente, cómo puede el conocimiento acelerar las metamorfosis.

Desde entonces, se convirtió en generadora inocente de devastadoras pasiones. Algo en ella inquietaba inevitablemente. Como dijo un poeta de su generación: "Oleadas de naufragio me invaden ante su presencia", o aquella frase con que rotuló el pintor surrealista el retrato que le hiciera, justo al pie del labio ausente: "imprecisiones, ausencias que llaman al fondo mismo de nuestros abismos".

FINAL DE UNA ESTETA

La anécdota es menuda. Nada explica. Sólo relata el cómo externo de aquella mujer cuya muerte no fue posible calificar legalmente de asesinato o suicidio, y de la que incorrectamente se dijo que murió encostada, ya que en esa dirección de las designaciones lo correcto hubiese sido decir que murió enmurallada.

Se encontró un papel, escrito de su puño y letra tiempo atrás, lamentándose de la fachada de enfrente y del grotesco paisaje que vislumbraba desde su ventana. Luego mandó tapiarla.

Un historiador dedujo que esta tapia, al igual que aquella a la que la difunta se refería, dadas las condiciones naturales del clima tropical, habíase tornado musgosa y descascarada, lo cual seguramente le desagradó al extremo de construir un nuevo muro de cemento. Lo demás es una sucesión de experiencias similares y conclusiones idénticas que redujeron su espacio vital más de lo debido.

Añádese también que una disquisición sobre la pobreza o rica fantasía de la encostada sería interminable. Ciertamente que la occisa pudo intentar pintar el muro, cubrirlo con una enredadera, o poner en él un retrato de Cary Grant. Pero como todos lo sabemos, la fantasía puede lo mismo derrumbar un muro que agigantarlo.

PUEBLO OCUPADO

La ciudad fue tomada por sorpresa. A medianoche, cuando todos dormían.

Al día siguiente reinaba el orden.

Los que llegaron de visita vivieron la ininterrumpida normalidad de las instituciones, sin percatarse que detrás de cada ciudadano se escondía el enemigo.

Nunca sabremos si el enemigo entró en posesión de los habitantes de la ciudad o si fue al revés. Que las instituciones se fueran desmoronando lentamente puede explicarse por el triunfo de los primeros sobre los segundos, pero también por causa natural.

En otras ciudades ha sucedido lo mismo, sin que conste en sus memorias el reporte de una invasión.